

Incompatibles, Modernidad y Corporativismo

Presidencia y Partido, Ajenos

- ★ Lo que Antes era Complemento Ahora es Debilidad
- ★ El Nuevo Sindicalismo Dará más Autonomía al Capital
- ★ Los Factores Externos de Poder Apoyan a Salinas

LORENZO MEYER

La institución presidencial ha dejado de ser la fortaleza del PRI y se ha convertido en una de las causas de su debilidad. En ocasiones la incompatibilidad de intereses entre la presidencia y el partido del Estado es tal que el Presidente de la República gana a condición de que su partido pierda. Este es uno de los signos de los tiempos.

Por muchos años resultó imposible distinguir en México entre la presidencia y el partido oficial, pues éste era parte de aquélla y la fuerza de cada institución lo era también de la otra. Sin embargo, hoy la presidencia y el PRI parecen transitar por caminos diferentes y, en ciertos momentos lo que a la primera le conviene, al otro lo mata.

En el origen, presidencia y partido oficial fueron, como lo son en la actualidad, fuerzas claramente diferenciadas e incluso antagónicas —Pascual Ortiz Rubio sufrió en carne propia este antagonismo cuando Calles usó al PNR en contra del Presidente—, pero a mediados de los años treinta el general Lázaro Cárdenas

PRESIDENCIA Y PARTIDO

sigue de la primera plana

una los destinos de las dos estructuras de manera tal que por mucho tiempo la identidad de intereses de ambas se antojó total e in-

disoluble. Como bien afirma Arnaldo Cordova en *La Revolución y el Estado de México*, el proyecto político más grandioso del cardenismo fue precisamente la conversión del partido oficial de una organización integrada por individuos en otra muy distinta, corporativa, y absolutamente subordinada e identificada con la presidencia de la República. Fue justamente la presidencia la que le dio al partido corporativo su razón de ser; la doble tarea de incorporar a las masas organizadas al Estado que había surgido de la Revolución, e impedir que las masas no organizadas —y que eran la mayoría— fueran movilizadas por la oposición en contra de la acción del Estado, es decir, del proyecto presidencial.

El PRM primero y el PRI después, fueron instrumentos muy útiles a la acción estatal en la medida en que la organización corporativa fue la vía por la cual la institución presidencial impuso una y otra vez su proyecto sexenal a la sociedad mexicana. La debilidad y fragmentación fue la contrapartida necesaria de la fuerza del partido oficial y de la notable autonomía que caracterizó al Estado mexicano posrevolucionario.

★

Ahora bien, a partir de la crisis de 1982, el proyecto de desarrollo económico y social impulsado por el Estado desde la segunda Guerra Mundial, dejó de ser viable. Los gobiernos encabezados por Miguel de la Madrid y Carlos Salinas no tuvieron más opción que intentar echar a andar un modelo distinto y en muchos aspectos antagónico al que se había favorecido

y arraigado en el pasado. En estas circunstancias, y como lo señala Ilán Bizberg en un largo ensayo aún inédito —*La crisis del corporativismo mexicano*—, el corporativismo que por medio siglo había sido la característica principal y razón de ser del partido del Estado, resultó de pronto incompatible con el nuevo proyecto económico gubernamental. En la lógica presidencial, al PRI dejó de ser solución para transformarse en problema.

La incompatibilidad entre el corporativismo priista y la modernidad salinista resulta no sólo, y ni siquiera principalmente, del hecho que la práctica corporativa es poco útil como instrumento de acción electoral en medios urbanos y donde existen partidos de oposición, ni tampoco de su obstaculización a la reestructuración del Estado y sus empresas. No, la incompatibilidad fundamental entre corporativismo resulta del hecho de que en el plano macroeconómico esa forma de organización choca de manera frontal e inevitable con las formas nuevas de organización del trabajo que están surgiendo en el contexto internacional, y a las que México no puede ser ajeno si desea aumentar su competitividad en los mercados externos.

Hoy es claro, y más lo será en el futuro inmediato, que la centralización y jerarquización en el proceso de toma de decisiones dentro de las empresas y las ramas de actividad industrial —características que son propias e inevitables del paternalismo y clientelismo del sistema corporativo mexicano— le dan al aparato productivo

de nuestro país una rigidez indeseable en un mundo económico internacional donde el cambio es constante y donde, por eso, se premia la flexibilidad y adaptabilidad instantáneas del trabajo a las necesidades del capital. En estas nuevas condiciones, la rigidez que hoy caracteriza a las relaciones industriales mexicanas deberá ser eliminada mediante la aparición de un nuevo sindicalismo; uno de naturaleza participativa, que actúe como vigilante efectivo de las condiciones básicas del trabajo, que permita una diferenciación mucho mayor de la que hoy existe en las condiciones de trabajo, y que vincule de manera sistemática a los salarios con la productividad.

★

Este sindicalismo del siglo XXI al que se refiere Bizberg no puede ser corporativo. Requiere de manera inevitable de una gran independencia de las organizaciones de base respecto de las cúpulas sindicales y, sobre todo, de independencia respecto del Estado en general y de la Secretaría del Trabajo en particular. La homogeneización de las condiciones de trabajo fue el gran logro histórico de la acción de las autoridades laborales. Sin embargo, hoy, cuando las premisas básicas del modelo económico han cambiado, esa homogeneización va en contra de la productividad. La productividad requiere de discriminación: se debe premiar a los eficientes y castigar a los que no lo son, tratándose tanto de empresarios como de obreros. El premio y el castigo lo deben hacer las fuerzas del mercado, no una secretaría de Estado o un partido.

Hasta hoy, la lógica de la

relación sindicatos-empresa estaba supeditada a otra: a la lógica política de la relación entre Estado y la sociedad, relación meditada por el PRI. Sin embargo, la eficacia económica que busca como meta suprema desde 1982 la élite política, requiere que se abandone esa vieja vocación del sistema político mexicano de subordinar los intereses de las bases sindicales a los intereses de sus dirigentes y a los del partido oficial. Y este abandono no tiene nada que ver con la democracia sino con la eficacia económica, con la ganancia. En efecto, para competir con éxito con Taiwán, Corea del Sur, Singapur o Brasil, se requiere en México la implantación de relaciones industriales que permitan resolver los conflictos entre empresa y trabajadores en el momento mismo en que éstos surjan, sin tener que esperar los tiempos y las condiciones impuestas por los altos líderes sindicales y las autoridades federales del Trabajo.

El sindicalismo que exige y que a querer que no está propiciando la nueva organización económica mexicana, va a reflejarse en la nueva Ley Federal del Trabajo. Y este sindicalismo no necesariamente tiene que ser, por definición, mejor que el actual en cuanto a la defensa de los intereses individuales de los trabajadores organizados. De lo que no hay duda es que el "sindicalismo moderno" que va está naciendo, va a dar como resultado un mayor grado de autonomía del capital y de las organizaciones laborales a nivel de la empresa, respecto de los organismos sindicales cupulares, de los partidos políticos y, finalmente, del Estado mismo.

A J E N O S

En estas condiciones, ¿podrá el PRI con su naturaleza corporativa, seguir desempeñando el papel del gran ámbito nacional dentro del cual se organiza y se ejerce el poder político? Creo que la respuesta es obvia: no. Desde su transformación en partido corporativo, la eficacia política del PRM-PRI quedó ligada a la subordinación de los sindicatos individuales a las cúpulas y a las directrices homogeneizadoras de la compleja burocracia de la Secretaría del Trabajo.

★

La apertura del mercado mexicano y la búsqueda de la competitividad hacen que sea imperativo dismantelar el viejo arreglo corporativo y golpear a los intereses creados bajo su sombra, pero resulta que esos son intereses fundamentales para el PRI, por ello la única fuerza que los puede enfrentar es la presidencia. En la actualidad, esa presidencia está empeñada en una operación muy delicada y llena de peligros y contradicciones. Por un lado, está obligando a las viejas cúpulas corporativas priistas a ceder una parte sustantiva de su poder político para desbrozar el camino de la modernización económica.

Ejemplos de lo anterior hay varios y son tan conocidos que no tiene caso ahondar en su análisis: el envío a prisión de los otrora poderosos líderes petroleros y la reorganización de las relaciones laborales en Pemex; el retiro del apoyo presidencial a Jonguitud Barrios y a su "Vanguardia Revolucionaria", el grupo que por tanto tiempo dominó al numeroso sindicato de maestros; el cierre de varias empresas mineras, lo que entre otras cosas ha dejado muy mal parada a la cúpula nacional del sindicato de esa rama industrial. Coronando este proceso, está la decisión presidencial de, finalmente, aceptar el último triunfo electoral del PAN en Baja California Norte para acomodar aparte de las fuerzas sociales que no están bajo el control del PRI pero que pueden ser un apoyo decidido a la política gubernamental de transformación económica. Por otro lado, se encuentra el esfuerzo igualmente sostenido de la presidencia por dar realidad a victorias priistas sobre el PRD pese a su obvia falta de credibilidad.

Sea cual fuere la opinión que nos merezcan las políticas apuntadas en el párrafo anterior, resulta claro que el PRI no puede defenderse de políticas que lo dañan en sus centros vitales cuando dichas políticas tienen su origen en la Presidencia. Es igualmente obvio que los triunfos que aún le pueda arrebatarse el PRI a

la oposición dependen del apoyo que la presidencia le dé a su partido.

Por otro lado, la realidad actual nos señala que la debilidad creciente del PRI no significa necesariamente un debilitamiento igual de la presidencia. Por lo menos en el corto plazo, la institución presidencial puede marchar por un camino diferente del **vía crucis** por el cual hoy está obligado a transitar el partido en el poder. La presidencia modernizadora que ha surgido como resultado del desastre económico en que concluyó la efímera prosperidad petrolera, está buscando sustituir el apoyo de las cúpulas corporativas priistas por otro y que es justamente la contraparte de aquéllas el del gran capital. En efecto, de grado o porque no encuentran opciones, los dueños o administradores del gran capital nacional están apoyando la acción presidencial. De igual manera, los factores de poder internacional —en especial los norteamericanos— se han manifestado abiertamente en favor del proyecto encabezado por el Presidente Salinas de Gortari, y en la medida en que lo han hecho han sustituido parcialmente el apoyo que hoy el partido oficial ya no está en posibilidad de dar a su líder nato. Desde luego, el aparato burocrático gubernamental no es lo mismo que el PRI, y esta burocracia administrada y dirigida en su acción por la joven tecnocracia salinista, se mantiene como otra fuente de apoyo al proyecto presidencial.

★

Finalmente, hay que considerar a la opinión pública. Esta según lo manifiestan algunos de los resultados de varias encuestas, tiene hoy una actitud más positiva hacia el Presidente y su proyecto

de la que tuvo en las urnas el año pasado. Sin embargo, el supuesto aumento en la popularidad presidencial no se extendió a los candidatos priistas locales en sitios donde la oposición pudo presentar opciones reales, como fue en Baja California Norte y Michoacán. Y vale la pena subrayar aquí que, al menos en parte, este aumento en la aceptación de la persona y las políticas del Presidente se debe, precisamente, a la distancia que ha tomado la presidencia respecto de los intereses del PRI. No hay duda de que, por ejemplo, los golpes del gobierno contra algunos de los líderes sindicales priistas más conspicuos por su corrupción o su aceptación de la derrota del PRI en Baja California Norte, fueron acciones bien recibidas por amplios sectores de las clases medias y altas e incluso por sectores populares.

Resumiendo, cuando el PRI tuvo el apoyo incondicional de la Presidencia parecía serlo todo, pero eso no es hoy el caso, y sin ese apoyo el partido del Estado da la impresión de ser casi nada. La Presidencia, por su parte, está apostando a que puede sobrevivir fuera del corporativismo, con una base social propia y que está construyendo a base de efectividad directa. Esto último está por verse. En cualquier caso que la suerte de la Presidencia sea distinta de la del PRI depende, al menos en el futuro inmediato de que la economía se recupere de manera rápida y sustantiva. Pero eso ya es tema de otra discusión, como también lo es la posibilidad de que la Presidencia dé digna sepultura al PRI y se lance a la aventura de crear un nuevo partido que esté a la altura de las nuevas circunstancias.